ERRADICAR NUESTRO ENGREIMIENTO Y NUESTRA SOBERBIA

[Del Domingo 27 de Octubre al Sábado 2 de Noviembre]

En la Semana 30 del Tiempo Ordinario, la Liturgia nos invita a reflexionar la soberbia y la humildad, porque estas dos actitudes determinan nuestro modo de ser y actuar. De ahí que el Evangelio (Lc. 18,9-14), personifique, en la parábola del fariseo y el publicano, la contraposición que existe entre el engreimiento y la autenticidad.

Lo que el Fariseo comunica a Dios en su oración evidencia que tiene carcomida su alma. Ahora bien, el Evangelio dice que el diálogo de este hombre se produce en su interior. Asunto que debe ser tenido muy en cuenta, porque, cuando la soberbia es descarada, ella misma construye su propia destrucción. Pero la soberbia oculta, la que está en nuestro interior, se nota poco, se disfraza y, por eso, hace estragos a nivel personal, familiar, laboral y religioso, ya que se esconde bajo sutilezas.

Por su lado, lo que el Publicano comunica a Dios en su oración pone de manifiesto una gran sencillez por su gran libertad para reconocerse pecador. También, en este caso, el mismo evangelio nos dirá que el diálogo de la persona sencilla con Dios brota de su interior. Por eso tiene gran importancia para nosotros, ya que está indicándonos que el verdadero encuentro tanto con Dios como con los demás solo se dará en la medida que seamos auténticos, con los pies en la tierra y sin falsedades.

De una actitud farisea (hipócrita) solo puede salir mentiras y maldad. Porque, montados en un pedestal construido a base de lo que nos diferencia o distingue de los demás, llegamos a considerarnos superiores o mejores. Desde ahí miramos a las personas por encima del hombro (*descarada soberbia*); o por debajo del hombro (*sutil soberbia*) que es más peligroso que lo anterior. Esta sutil soberbia, la que está en nuestro interior, delata el nivel de miseria que carcome la vida desde dentro de la persona.

Cuando nos exponemos con sinceridad, entonces crece nuestra autenticidad. Construir la propia vida a base de lo que nos hace más humanos y nos acerca a los demás, permite reconocernos personas de carne y hueso, necesitadas también de amor, de ternura y de perdón. Desde ahí podemos establecer relaciones que crean fraternidad. Una actitud así evidencia el nivel de calidad humana que enriquece la vida desde lo más profundo de uno mismo.

La soberbia sólo da para crecer en mayor soberbia. San Ignacio de Loyola comentó a una gran religiosa de su tiempo: "*hay que estar muy atentos a estas sutilezas del espíritu humano, porque de la soberbia se avanza hacia la vanagloria o crecida soberbia, la cual, por su misma dinámica se disfraza también de falsa o viciada humildad*". Mientras que la humildad da para avanzar hacia la madurez humana y espiritual. El humilde sabe valorar la vida propia y la ajena, sabe cultivar alegrías, es agradecido, genera paz y esperanza.

Que nos atrevamos a ejercitar continuamente un razonamiento, un afecto, una palabra y una actuación que erradique en todo momento las múltiples maneras de herir a otras personas y que promovamos actitudes que generen fraternidad, sanación mutua y comunión.

MOMENTO PREPARATORIO: LECTURA DEL EVANGELIO (AMBIENTACIÓN)

EVANGELIO DE LUCAS (18, 9-14)

En aquel tiempo, Jesús dijo esta parábola sobre algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás:

Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, erguido, oraba en su interior de esta manera: Dios mío, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros; tampoco soy como ese publicano. Ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todas mis ganancias.

El publicano, en cambio, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo. Lo único que hacía era golpearse el pecho, diciendo: Dios mío, apiádate de mí, que soy pecador.

Pues bien, yo les aseguro que el publicano bajó a su casa justificado mientras que el fariseo no. Porque todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla, será enaltecido. *Palabra del Señor.*

1ER MOMENTO: A LO QUE VENGO

Inicio mi encuentro con el Señor escogiendo un sitio apropiado para mi oración.
Al llegar al sitio, en forma breve y sencilla considero la calidad de la mirada de Dios Nuestro Señor sobre mí.

Y me digo a mí mismo:

¿A QUÉ VENGO?

Vengo a disponerme para erradicar de mi vida todo tipo de soberbia.

[Al final, rezo el Padrenuestro, saboreando cada palabra]

2DO MOMENTO: PACIFICACIÓN

- Ya sea sentado, paseando, acostado o reposado; tanto en casa, como en el parque o la Iglesia me sereno para que esta cita con Dios tenga lugar.
- Me acomodo con una posición que me ayude a concentrarme-descentrarme-centrarme, implicando todo mi ser.
- Al ritmo de la respiración, doy lugar al silencio.

  [*Una y otra vez repito este ejercicio*].

3ER MOMENTO: ORACIÓN PREPARATORIA

[NOTA: La oración preparatoria siguiente me ayuda a experimentar libertad de apegos. La repito tantas veces como quiera, dejando que resuene en mi mente y en mi corazón]

Señor, que todas mis intenciones, acciones y procesos interiores,
estén totalmente ordenados a cumplir tu voluntad.

4TO MOMENTO: COMPOSICIÓN DEL LUGAR

[NOTA: Este paso es muy especial y merece realizarse con esmero. Le dedico unos 10 minutos]

1°) Centro mi pensamiento en el contenido de la Oración.

2°) Con la imaginación revivo lo que relata el pasaje bíblico, sin perder detalle.

3°) Me ubico en la escena como si presente me hallara.

4°) Dejo que la Palabra irradie su luz sobre mí.

5TO MOMENTO: PETICIÓN

En forma sencilla formulo mi petición. Dejo que mi petición salga de dentro. Que nazca de lo más hondo de mi vida.

Señor, que me atreva a erradicar de mi vida las múltiples maneras de herir a las personas.

(*Si me ayuda, puedo decir varias veces la petición*)

6TO MOMENTO: CONTENIDO O MATERIA DE LA ORACIÓN (*Con Aplicación de Sentidos*)

6.1) Primero: REFLEXIONO LAS CONSECUENCIAS DE LA SUTIL SOBERBIA.

⇨ De una actitud farisea solo puede desprenderse mentiras y maldad. Porque, montados en un pedestal construido a base de lo que nos distingue de los demás, llegamos a considerarnos superiores o mejores. Miramos a las personas por encima del hombro (*descarada soberbia*); o por debajo del hombro (*sutil soberbia*). La sutil soberbia, la que está en nuestro interior, delata el nivel de miseria que carcome la vida desde dentro de la persona.

6.2) Segundo: MEDITO MI DISPOSICIÓN A VIVIR CON SINCERIDAD Y VERDAD.

⇨ Cuando nos exponemos con sinceridad, crece nuestra autenticidad. Construir la propia vida a base de lo que nos hace más humanos y nos acerca a los demás, permite reconocernos personas de carne y hueso, necesitadas también de amor, de ternura y de perdón. Desde ahí podemos establecer relaciones que crean fraternidad. Una actitud así evidencia el nivel de calidad humana que enriquece la vida desde lo más profundo de uno mismo.

6.3) Tercero: CONSIDERO EL MODO DE COMENZAR A ERRADICAR MI SOBERBIA

⇨ La soberbia y la humildad se arraigan en lo más profundo de nuestras vidas. La soberbia sólo da para la mentira y maldad, mientras que la humildad nos abre la verdad y la libertad. Que nos atrevamos a ejercitar continuamente un razonamiento, un afecto, una palabra y una actuación que erradique en todo momento las múltiples maneras de herir a otras personas y que promovamos actitudes que generen fraternidad, sanación mutua y comunión.

7MO Momento: COLOQUIO

NOTA: El coloquio es un diálogo que se hace hablando como un amigo habla a otro, ya sea para pedir alguna gracia, ya sea reconociendo la fragilidad o el pecado o para comunicar sus cosas y queriendo consejo en ellas.
(*El texto sugerido puede ser útil para el COLOQUIO).*

Yo no Rechazo tu Encuentro

Si tú sabes que te amo, te protejo y te defiendo; soy Amor, siempre lo he sido, nunca dejaré de serlo.

Soy tu Padre en todo momento, por ti y por los tuyos velo; aunque tú me seas infiel, Yo siempre fiel permanezco.

Me agradas cuando me hablas, cuando te tomas tu tiempo para confiar en Mí todo lo que llevas dentro.

No temas, sé humilde, nunca rechazo tu encuentro; aunque tus males sean grandes, Yo a tu lado permanezco.

Recuerda, nunca lo olvides, soy tu Padre y te defiendo; te amo, te amaré siempre, nunca dejaré de hacerlo.

(*Cf. Zaida C. de Ramón*)

8VO Momento: EXAMEN DE LA ORACIÓN

Nota: Las siguientes interrogantes ayudan a centrar la experiencia vivida en la Oración.

1º) ¿Qué pasó en mí durante este Ejercicio?
2º) ¿A través de cuáles señales me habló Dios?
3º) ¿Qué quiero cambiar en mi vida?
4º) ¿Qué me distrajo en la Oración?
5º) ¿Qué me produjo desaliento o desconfianza durante la Oración?
6º) ¿Qué se quedó grabado en mí?

Termino la Oración con la Siguiente Ofrenda

Toma, Señor, y recibe, toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad;
todo mi haber y mi poseer. Tú me lo diste, a ti, Señor lo devuelvo.
Todo es tuyo. Dispón de mí según tu voluntad.
Dame tu amor y gracia que ésta me basta. Amén.